

EL DESARROLLO DE AYER Y DE HOY

José María Tortosa

Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz

Universidad de Alicante

En 1949 no se sabía cuántos pobres había en el mundo. A decir verdad, tampoco se sabe ahora. Sí se sabe que en 1949 el Planeta tenía 2.500 millones de habitantes y sí se sabe ahora que, si se define ser pobre como aquel que no llega a los dos dólares y medio al día (eso sí, a paridad de poder adquisitivo), el Banco Mundial estima (que no cuenta) que hay 3.140 millones de pobres así definidos. Más que habitantes había cuando el presidente Truman lanzó el “punto cuarto” de su discurso inaugural con el que se iniciaba la etapa del “desarrollo”.

En aquel discurso, Truman afirmaba: “Debemos embarcarnos en un nuevo programa que haga disponibles nuestros avances científicos y nuestro progreso industrial para la mejora y crecimiento de las áreas subdesarrolladas. Más de la mitad de la población del mundo vive en condiciones que se acercan a la miseria. Su alimentación es inadecuada. Son víctimas de la enfermedad. Su vida económica es primitiva y estancada. Su pobreza es un lastre y una amenaza tanto para ellos como para las áreas más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad tiene los conocimientos y habilidades para aliviar el sufrimiento de esas personas”. Y añadía: “Nuestro propósito tendría que ser el de ayudar a los pueblos libres del mundo para que, a través de sus propios esfuerzos, produzcan más alimentos, más vestido, más materiales para sus casas y más potencia mecánica para aligerar sus cargas. Tiene que ser un esfuerzo mundial para lograr la paz, la plenitud y la libertad. Con la cooperación de empresas, capital privado, agricultura y la mano de obra de este país, este programa puede aumentar

en gran manera la actividad industrial en otras naciones y puede incrementar substancialmente su nivel de vida”.

No se olvide el contexto: Se estaba en los albores de la Guerra Fría (de ahí esas referencias a “los pueblos libres” y el “capital privado”), en un momento de clara expansión económica (una fase A, expansiva, del ciclo largo o Kondratiev) y con toda la euforia de quien ha salido de la Guerra Mundial con su capacidad industrial no sólo intacta sino a pleno rendimiento, cosa que no ha sucedido con los países competidores. En dicho contexto, lo que se puede hacer por las “áreas subdesarrolladas” (es decir, países que no están en las circunstancias de los Estados Unidos) tiene que ser mundial, aunque bajo el liderazgo de los Estados Unidos que estrena hegemonía en el sistema mundial. Y es la ayuda para que los “subdesarrollados” (países libres, por supuesto) produzcan por sus propios esfuerzos aquello que puede servir para la satisfacción de las necesidades básicas de sus ciudadanos.

La Guerra Fría terminó, la crisis económica se instaló en los países centrales en general (las “áreas más prósperas” que diría Truman) y en Estados Unidos en particular, la capacidad de dicho país para liderar el mundo lleva ya años en entredicho (por lo menos desde la presidencia de Jimmy Carter, cuando se comenzó a discutir la posibilidad de que Estados Unidos perdiese la hegemonía sobre el sistema mundial) y el pesimismo se expande sobre un sistema que no se sabía si “refundar” como en algún momento había propuesto Nicolas Sarkozy o “soportar” al no tener alternativas viables. Se sabía, sí, que “otro mundo es posible”, pero no se sabía cuál ni cómo llegar a él encenagados en los círculos viciosos de crisis que se alimentaban unas a otras: la crisis económica agudizaba la crisis alimentaria (que también había tenido su propia burbuja especulativa) que agravaba la crisis energética que hacía más peligrosa la crisis medioambiental aunque no fuese más que porque había que extraer el petróleo en condiciones cada vez más problemáticas y la crisis energética podía agudizar la crisis económica si el petróleo volvía a alcanzar los precios que había tenido en su momento. El “cuarto punto” de Truman había incluido una observación que también ahora es de actualidad. Decía: “El viejo imperialismo —explotación para beneficio extranjero—

no tiene espacio en nuestros planes. Lo que estamos vislumbrando es un programa de desarrollo basado en el juego limpio democrático”.

Y es que ahora el diagnóstico reproducido al comienzo de estas líneas podría tomarse, con las debidas modificaciones de léxico, como contemporáneo. La retórica de aquel proyecto, también podría mantenerse: ya se sabe, la retórica es gratis, sea cual sea el comportamiento que le siga. Pero este último punto, en las actuales circunstancias de crisis acumuladas, parece que se ha evaporado.

El síntoma puede ser un discurso pronunciado por Hillary Rodham Clinton¹, secretaria de Estado, a principios de 2010, en Washington. Por él sabemos que: “No podemos detener al terrorismo o derrotar a las ideologías del extremismo violento cuando centenares de millones de jóvenes ven un futuro sin empleos, sin esperanza y sin ninguna forma de alcanzar al mundo desarrollado. No podemos construir una economía global estable cuando centenares de millones de trabajadores y familias se encuentran en el lado malo de la globalización, al margen de los mercados y fuera del alcance de las tecnologías modernas”. Seguimos, como se ve, con países en los que sus jóvenes no ven la forma de “alcanzar al mundo desarrollado”, que sigue siendo el modelo a seguir y que, en la medida en que no se logra, se producen problemas de tipo violento o del tipo de la inestabilidad económica a la que se acaba de hacer referencia.

¿Programa? Claro: “El desarrollo fue, en otros tiempos, el terreno de los humanitarios, de organizaciones caritativas y de gobiernos que buscaban ganar aliados en las luchas globales. Hoy es un imperativo estratégico, económico y moral tan central para satisfacer los intereses estadounidenses y resolver los problemas globales como la diplomacia o la defensa. Y como es indispensable, precisa de un nuevo enfoque”.

Un paréntesis a propósito de esos “intereses estadounidenses” que hay que satisfacer. El documento “National Defense Strategy” de 2008 daba una buena definición: “Los intereses de los Estados Unidos incluyen proteger la nación y nuestros aliados de ataques y amenazas, promover la seguridad internacional para reducir el con-

¹ Texto completo en:

http://www.foreignpolicy.com/articles/2010/01/06/hillary_clinton_on_development_in_the_21st_century

flicto y fomentar el crecimiento económico y asegurar el patrimonio común y, con ellos, el acceso a los mercados y los recursos mundiales”. Son esos intereses los que hay que salvaguardar mediante la defensa, la diplomacia y el desarrollo, que no es, exactamente, lo que decía Truman sobre el imperialismo, pero está claro que estamos ante un nuevo enfoque. Ya no se trata de “ganar aliados en las luchas globales”, es decir, usar del desarrollo para el clientelismo en el ámbito de la Guerra Fría, sino de utilizar el desarrollo para otros fines, aunque no deja de ser sintomático que se reconozca el papel instrumental que habría tenido el desarrollo en el pasado.

“Así que”, prosigue Clinton, “aquellos de ustedes que se preocupen profundamente por el desarrollo..., que se preocupen profundamente por el futuro de nuestro país y de nuestro mundo... ayúdenos a enrolar más estadounidenses en este esfuerzo. Ayúdenos a reclutar expertos en tecnología, líderes empresariales, agricultores, enseñantes, médicos, abogados”. “Y ayúdenos a aprovechar los talentos de la primera generación global de estadounidenses, jóvenes de ambos sexos que se gradúan en nuestros institutos y universidades, las mejores del mundo. Anímenles a ser voluntarios. A hacer prácticas. A trabajar no sólo para las ONG sino para prestar su energía y habilidades al Departamento de Estado y a USAID”.

Los datos de la OCDE sobre la Ayuda Oficial al Desarrollo (abril de 2010, datos para 2009) dejan claro que, en el monto total de dicha ayuda, los Estados Unidos son el primer país del mundo, seguido del Reino Unido, Francia, Alemania, Japón y España. Pero si de lo que se trata es de ver qué puesto ocupa dicha ayuda en proporción de la renta nacional, Estados Unidos, con su 0,2 por ciento, está en el puesto diecinueve, entre Portugal y Grecia, en la lista de los veintitrés. De todos modos, no es ése el problema, con independencia de lo alejado que está el país del compromiso de dedicar el 0,7 por ciento a tal propósito.

El problema, tanto con Truman como con Clinton, es que se trata de un diagnóstico correcto, pero que los medios no llevan al fin de intervenir en el contenido de dicho diagnóstico. Por el contrario, están pensados para abordar los efectos que dicha situación correctamente diagnosticada tiene sobre los intereses de los Estados Unidos

(o de cualquiera de los países centrales, para el caso). Tienen razón en levantar acta del hambre en el mundo (tal vez 1.020 millones de personas según la FAO). También es correcta su observación de la desesperanza de sectores incluso de los países centrales: sin salirse de Estados Unidos, son 33 millones largos de personas en 2009 con “food stamps”, es decir, acogidas al “Supplemental Nutrition Assistance Program”. Se puede estar de acuerdo con ellos en lo que se refiere a la amenaza de distintas formas de violencia desde el enfrentamiento armado a la violencia urbana pasando por la práctica de actividades terroristas. Y, habría que añadir, porque ellos no lo consideran, el riesgo medioambiental que parece difícil de introducir en estos discursos, pero que pertenece al tema desde muchos puntos de vista.

Cierto que los países periféricos parecen estar sufriendo menos en la crisis económica global si lo que se considera es el aumento o disminución del Producto Interno Bruto. De hecho, para 2010, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional predicen en sus distintos escenarios un decrecimiento para los países de renta alta o un crecimiento muy lento y, en cambio, da por bueno el aumento del PIB en los países “en desarrollo” como los llaman en sus informes. Pero quedar atrapado en ese dato es olvidar un elemento que ni Truman ni Clinton han considerado en ningún momento: la desigualdad, la tremenda desigualdad que, en general, aumenta a medida que el país ocupa un puesto más bajo en la lista mundial confeccionada a partir de los respectivos PIB. Puede crecer el país periférico, pero puede que lo que signifique es que sus élites se enriquecen, legítima o ilegítimamente, con lo que los “parias de la Tierra” se encuentran en condiciones peores que antes de una idea de “desarrollo” que se quede en el PIB y no llegue a la alimentación, la vivienda o la salud de “los de abajo”. Y, todavía peor, si “desarrollo” es el uso de la ayuda para otros fines, sean los reconocidos por Truman o los reconocidos por Clinton. Pero por lo menos lo han reconocido.

San Juan, Alicante, mayo de 2010